



HOMENAJE AL
MAESTRO PEDRO
NEL GÓMEZ
EN EL CENTENARIO
DE SU NATALICIO

FACSIMILES "RECUERDOS
MURALES"

Gracias a la gentil colaboración de
CLÍO GÓMEZ,
hija del Maestro Pedro Nel y Directora de la
Casa Museo, podemos incluir en este dossier
algunos facsímiles del diario manuscrito e inédito
"Recuerdo Murales", cedido por ella de manera
exclusiva para el presente número de la Revista
Institucional U.P.B.

D
O
S
S
I
E
R



HISTORIAS DE UNA CASA ILUMINADA POR LA CULTURA

Por: Clío Gómez Scalaberni

Casa Museo • Pedro Nel Gómez



El edificio que hoy es la Casa Museo Maestro Pedro Nel Gómez soporta en sus paredes, en sus jardines, en sus habitaciones, la historia que gravita sobre un hombre que tuvo los suficientes arrestos para lograr que la pintura colombiana empezara un proceso de reflexión introspectiva, con el fin de que el arte plástico reflejara más nuestro sentir colombiano.

En 1932, aproximadamente, regresó procedente de Europa el Maestro, donde se refugió después del suicidio de Ricardo Rendón. Por un lado, la necesidad de profundizar sus conocimientos sobre pintura; se matriculó en la Academia de Bellas Artes de Florencia, y del otro, huyéndole un poco a la bohemia que se respiraba hacia los años 20 en los círculos artísticos de Medellín.

EN LA COLINA DEL ARTE

Regresó en compañía de una dama, que a la sazón sería soporte, alma y vida de toda su obra artística: Giuliana Scalaberni. Los lectores a estas alturas se preguntarán por qué una hija de Pedro Nel habla aparentemente en forma tan lejana de él. Pues bien, en nuestro hogar, desde muy pequeños nos acostumbramos a llamarlo el Maestro, y nunca dijimos mi madre, sino la mamá, atendiendo un poco a la costumbre italiana.

Hecha esta aclaración, mis recuerdos se dirigen ahora a la llegada de la mamá a Medellín. Nítida en la memoria tengo la referencia de que una de las primeras cosas que la impresionaron fue el tranvía, que atravesaba la ciudad de sur a norte, partiendo del Parque de Berrío y culminando su recorrido en el Parque de Aranjuez. En uno de esos recorridos le comentaron de un terreno ubicado en una colina de Aranjuez, por donde pasaba el tranvía. Entre los dos decidieron observar el mencionado terreno, y la mamá se quedó fascinada de su ubicación, pues desde allí, Medellín en esa época se asemejaba a la ciudad italiana de

Florenia, de donde era oriunda. No lo pensaron más, así que decidieron construir su casa habitación en esa colina, desde donde aún hoy se domina parte de la capital antioqueña.

El Maestro trazó la arquitectura de su casa de acuerdo con lo que requería su inventiva en ebullición. La construyó de tal manera que pudiera dar rienda suelta a su imaginación y al cúmulo de aprendizaje que traía; la influencia que ejercieron sobre él, Miguel Ángel, Giotto, Massaccio y Mantegna, entre otros, fue decisiva en la configuración de un estilo pictórico propio. Por eso, las amplias paredes, que pudo decorar con sus murales.

LAS TERTULIAS

A mis hermanos mayores les correspondió ayudar al Maestro en la realización de los murales del Palacio Municipal, hoy edificio de propiedad de Empresas Públicas. En lo que a mí respecta, me tocó a bien colaborar en la ejecución de la segunda parte de los murales de la Facultad de Minas: en la maceración y preparación de los colores, así como en el perforado de los cartones, mientras la mamá nos resolvía los deberes escolares, pues dominó muy fácil el idioma español, y nuestra jornada se prolongaba hasta altas horas de la noche.

A principios de la década de los 50, cuando este país aún no salía de su abatimiento por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, y aún estábamos enfrascados en la lucha fratricida liberal-conservadora, en mi casa se daban citas personajes que pertenecían a lo más rancio de la intelectualidad medellinense de la época. Entre los asi-

duos asistentes se contaban a León de Greiff, César Uribe Piedrahíta, Fernando González, Eduardo Duque y Carlos Correa, entre otros.

BRAVONEL

Recuerdo con mucho tino, en alguna ocasión en que invité, de manera especial, a León de Greiff a un almuerzo. Dispuse todo lo necesario y me di a la tarea de preparar el menú. Cuando estuvo listo, De Greiff, muy socarrón, me dijo que no quería almuerzo, sino un aguardiente. Mi frustración no pudo ser mayor. De este poeta, iluminado y cruzado por la sensibilidad, todavía llevo persistente su dominio absoluto de nuestro idioma, su profundo conocimiento de la música y su vasta cultura general. Es famosa una frase con que definía al Maestro siempre que asistían a reuniones. El poeta decía: "Llegó Bravonel; se acabó todo".

César Uribe, Eduardo Duque, León de Greiff y el Maestro hablaban mucho en esas tertulias de la situación política del país. Decían que los trenes pasaban por los pueblos cargados de cadáveres, como lo refleja una escena descrita por Gabriel García Márquez en "Cien años de soledad", a propósito de la masacre de las bananeras. En estas tertulias, la mamá era figura clave, pues participaba leyendo libros en prosa y poesía en italiano, hecho que deleitaba enormemente a estos escritores. También era tema predilecto la polémica que se armó en la ciudad, tras la decisión del Alcalde de Medellín, de censurar y tapar los frescos del Palacio Municipal. En esas conversaciones se rajaba de todo el mundo; no quedaba títere con cabeza.

Fernando González se aparecía en la casa con su tradicional boina, flaco, desgarrado, pero con suficiente agudeza crítica frente a lo que le ocurría a este país. No gustaba de compartir las tertulias con los demás, pues siempre solía conversar a solas con el Maestro. Otro de los que no participaba en las tertulias era Carlos Correa, quien abordaba al Maestro sin testigos. Supongo que las conversaciones que sostenía el Maestro con este último eran relacionadas con el arte y sus manifestaciones. De hecho, en muchos artículos que reposan en nuestro Centro de Documentación, Correa dejó consignadas sus impresiones sobre el desarrollo de la pintura en esos años.

Posteriormente, cuando el Maestro logra romper algunas barreras, y mucho tiempo después de la famosa censura de los frescos del Palacio Municipal, algunas personas visitan la casa: unos en calidad de discípulos, otros como amigos. Entre los primeros están Rafael Sáenz y Rodrigo Arenas Betancur, a quien la mamá le prodigaba un afecto especial, lo estimulaba y lo incitaba para que siguiera adelante con su tarea de convertirse en escultor. De los patios de mi casa, Betancur sale a consagrarse a México.

UN DÍA EN LA VIDA DE...

Un día en la vida del Maestro empezaba con las sombras de la noche, en que el sol demoraría en aparecer. Su primera actividad era la cátedra universitaria, que ejercía con el mismo rigor y responsabilidad con que asumió el arte. En ella se llevaba parte de la mañana. Hacia las tres o cuatro de la tarde empezaba a ejecutar el trabajo que tenía en ese momento. Traba-

jaba, trabajaba y trabajaba, como un poseso, hasta bien entrada la noche. La mamá siempre lo esperaba sentada en la sala de la casa, para servir, a esa hora, la cena. A veces, cuando terminaba un cuadro, inmediatamente la llamaba y le pedía su concepto. Sospecho que a la luz de las recomendaciones de ella, muchas obras lograron la perfección anhelada por el Maestro. Cuando aparentemente se cansaba de pintar, acometía la escultura, y de allí pasaba al muralismo.

De todas las actividades, la que recuerdo con más afecto eran las caminatas dominicales que el Maestro y la mamá organizaban hacia El Picacho. Él siempre se llevaba su paleta, y aprovechaba para pintar; era uno de esos ratos solaces, que también la mamá dedica al descanso y al solaz.



LA MODELO

En algunas ocasiones, un día antes, el Maestro concretaba con la modelo que le serviría en sus obras para que apareciera en la casa en las horas de tarde. La llegada de estas personas fue siempre un completo misterio, pues, como se sabe, el Maestro fue uno de los pioneros del desnudo en la pintura colombiana. La entrada de la modelo no se hacía por la puerta principal; ingresaba por la puerta de atrás, que quedaba ubicada en el sitio donde hoy está una puerta clausurada de la Sala de la Tertulia.

Con toda certeza que la Casa Museo alberga en su interior mucho más que contar. Sólo he querido entregar este intento, que se hace por primera vez, de reflexionar sobre la importancia que para la obra del Maestro tuvo la mamá. Quizá sea uno de los estudios que debe ha-

cerse; ella poseía una amplia cultura, dominaba los clásicos de la literatura, de la pintura y la música; tocaba piano, y tenía una concepción bastante avanzada de lo que era la plástica cuando llegó a Medellín. Siempre fue una omnipresencia silenciosa, discreta y prudente en la vida del pintor. Igualmente, es un intento, de nosotros, los que estuvimos cerca del Maestro y sus amigos, por recuperar la memoria colectiva de un momento de nuestra historia cultural que

En mi casa se daban citas personajes que pertenecían a lo más rancio de la intelectualidad medellinense de la época. Entre los asiduos asistentes se contaban a León de Greiff, César Uribe Piedrahíta, Fernando González, Eduardo Duque y Carlos Correa, entre otros.

está por estudiarse, que está por develarse, pues aunque mucho se ha escrito de Fernando González, por ejemplo, no hay ninguna investigación seria y regurosa sobre los alcances de las tertulias de los dos personajes: Fernando González desde la filosofía y la literatura, y el Maestro desde la pintura y la escultura. Ambos cruzaron sus destinos. Eso es lo que hay que desentrañar. Ahí queda la inquietud para futuros investigadores

